

# AMERICA LATINA

## LAS LECCIONES DEL 78

MIKEL MUNARRIZ

Un año más acaba de ingresar en el pasado. Ante nosotros se abren de nuevo las esperanzas del "año nuevo". Lo que ayer era noticia ha quedado atrás. Para que sea **historia** eso que está ya en el pasado tiene que ser recogido por nosotros como **lección** que nos permite hacer la historia, dirigirla y ordenarla de modo que realice en alguna manera la novedad que nos promete el tiempo que estrenamos.

Muchas cosas han pasado, muchas cosas han sido noticia durante 1978 en América Latina. Se han repetido los ciclos electorales en Costa Rica, Colombia, República Dominicana y Venezuela. Se han celebrado elecciones buscando un poder en alguna manera civilista en el Ecuador y Bolivia. Cuba ha modificado su posición respecto a los cubanos no partidarios de la revolución. En los demás países, incluidos aquellos que todavía mantienen una máscara más o menos democrática, a pesar de ciertas apariencias, el militarismo se ha robustecido. Sobre todo, por debajo de estas noticias, está el hecho ma-

yor del sufrimiento, de la no-vida, pero también de la esperanza y de la lucha de las grandes mayorías latinoamericanas, oprimidas por un sistema de dependencia que cada día se endurece y aparece como más indestructible.

### CAMBIAR NO CUESTA NADA

En esos países que se consideran como "islas de democracia" en medio de un continente militarizado, se han celebrado elecciones. En todos ellos, menos en Colombia, las elecciones han traído el cambio del partido en función de gobierno. La ineficacia administrativa, la corrupción generalizada, la falta de organización de servicios suficientes y que alcancen a todas las capas de la población, tumbaron a los gobiernos anteriores. Naturalmente, las campañas electorales vocearon esos mismos temas: eficacia administrativa, lucha contra la corrupción, promesas de mejores y más abundantes servicios. Y, más en sordina, pero perceptiblemente, tranquilidad y seguridad para los inversionistas, tanto nacionales como extranjeros. Da la sensación de que, casi insensiblemente, se han reducido hasta perder todo relieve, las promesas de cambios ofrecidos en campañas anteriores; antes los diferentes partidos ofrecían reformas agrarias integrales, nuevas leyes laborales, promoción de nuevas formas de propiedad, caminos de desarrollo, hasta revolución en libertad. Ahora parece que el simple anuncio de un cambio, aun dentro del sistema, "suena mal". Diríamos que solo se han escuchado como "acusación", como contrapropaganda. Hablar de cambios es "comunismo".

Estremece pensar que las promesas de los partidos democráticos son tan parecidas a las excusas que han venido dando en tantos países los militares para justificar sus tomas de poder. Siempre han aducido su probada tecnificación frente a la improvisación de los políticos; para prometer eficacia administrativa; su honradez profesional cara a la corrupción de los políticos, para acabar con la corrup-

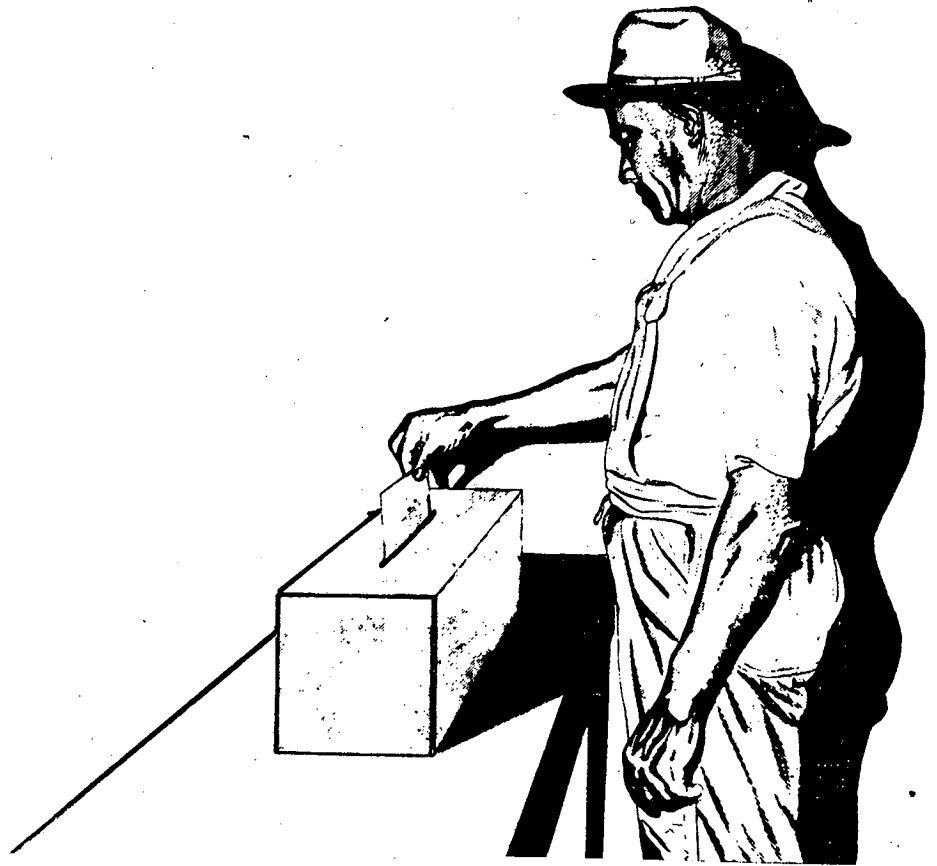
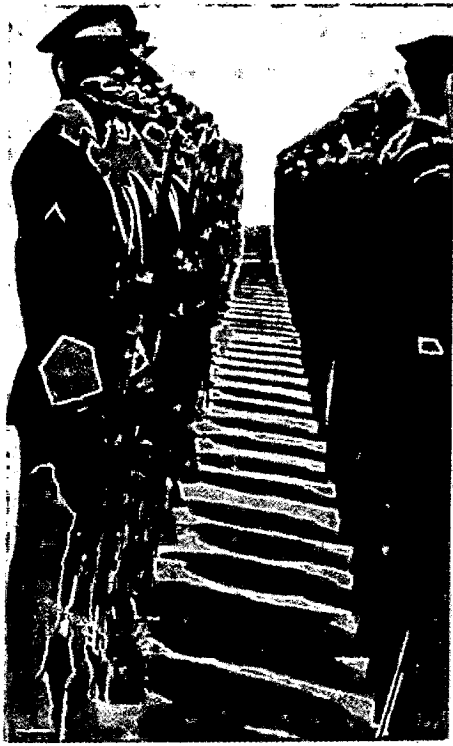
ción reinante; su voluntad de servicio patriótico, para establecer más y mejores servicios. Y, bien en contra de un proclamado nacionalismo, han ofrecido toda clase de seguridades fiscales y laborales a la inversión, particularmente extranjera. Si los partidos democráticos no tienen otra cosa que ofrecer, queda latente la amenaza de que se pueda pensar que otros poderes puedan realizar mejor lo que ellos prometen. Esto es muy grave.

En todos los países mencionados se ha producido un retroceso de las "izquierdas". La división y el fraccionalismo, muchas veces los dogmatismos, sobre todo una incapacidad de acercarse al pueblo y a sus organizaciones autónomas de un modo distinto al de los partidos "tradicionales", parecen haberles quitado toda perspectiva de triunfo, al menos a corto y mediano plazo. Da la sensación de que las izquierdas, a pesar de sus proclamas, no creen en el pueblo; y, naturalmente, el pueblo no cree en las izquierdas. Solo un trabajo respetuoso y constante con el pueblo, con ese pueblo real al que siglos de explotación y de hambre han vuelto fatalista, lento para comprender y para actuar, y terriblemente desconfiado, de ese pueblo al que se ha introyectado la ideología consumista e individualista del sistema, pero que aún conserva sus valores de solidaridad y su capacidad de lucha, pueden romper el impase de las izquierdas.

### MODELOS DE RETORNO

Todo hacía pensar que en 1978 iba a comenzar el camino de vuelta al civilismo de los regímenes militares latinoamericanos. Porque los regímenes militares han fracasado tanto en lo político como en lo económico —aun aquellos que al principio de los 70 parecían haber alcanzado el "milagro". La crisis del sistema capitalista mundial ha exportado sus problemas a los países del Tercer Mundo y nuestros países se han visto crecientemente azotados por los problemas de inflación y de alza del coste de vida, por el desempleo en aumento y la pérdida del poder adqui-





sitivo de los salarios, por la subutilización de la capacidad industrial instalada y la carencia de mercado interno, al mismo tiempo que veían aumentarse su dependencia del capital extranjero y disminuir su capacidad de decisión. Más aún: la brutalidad represiva de los gobiernos militares, manchó en tal forma el rostro del sistema, que éste se vió obligado a limpiarse lanzando una campaña mundial de "respeto a los derechos humanos". Aunque se sabe que la actual fase del capitalismo internacional con su nueva división del trabajo y la transnacionalización de las finanzas, la producción y el comercio, necesitan los "gobiernos fuertes", se preveía una etapa de pasaje a sistemas más civilistas, aunque dentro del nuevo modelo de Democracia "restringida", o "tutelada", o "fuerte"... Incluso no pocos de los actuales gobiernos militarizados habían comenzado a hablar de posibilidad de futuras elecciones, o hasta habían organizado referendums o constituyentes.

Ecuador y Bolivia anunciaron elecciones democráticas para 1978. Al parecer fueron elegidas como "modelos de retorno". Eran, probablemente, las naciones en las que esto se podría hacer con mayor facilidad.

En efecto, tanto en una nación como en la otra, la represión había sido menos violenta que en los otros países del Cono Sur. Este era un dato muy importante, pues el temor a posibles juicios democráticos y a las represalias, es un factor que dificulta en gran manera la vuelta a los cuarteles de los militares que se han tomado el poder. En Bolivia el hecho se debió a la larga historia de golpes y revo-

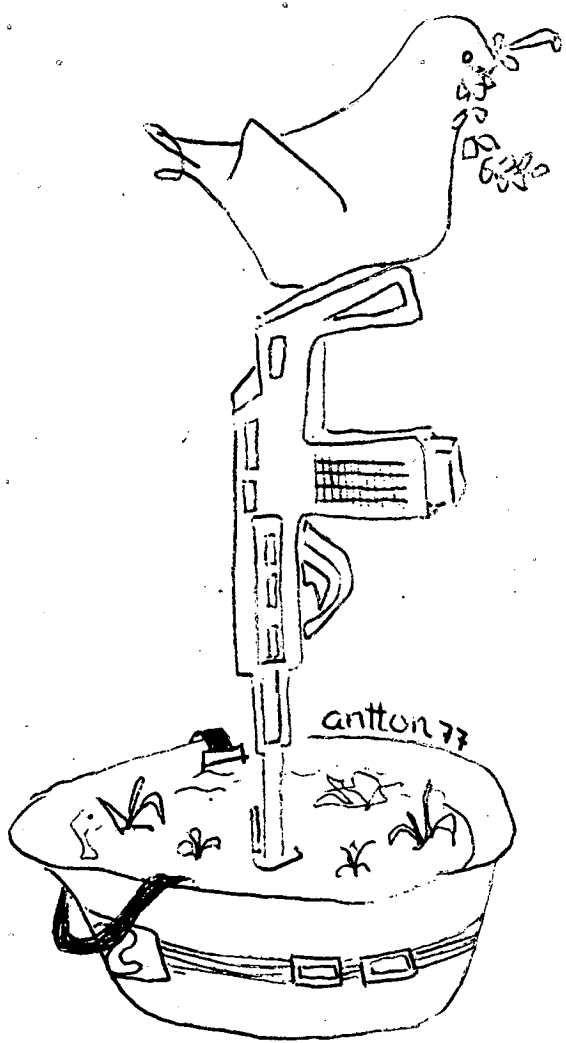
luciones que ha padecido: se ha creado una situación en la que el que está arriba procura hacer favores al derrotado, pensando en un futuro distinto. En el Ecuador las organizaciones populares y las izquierdas nunca habían tenido la fuerza que alcanzaron en los demás países.

Por otra parte, en las dos Naciones parecía que fácilmente el Ejército contaría con una cuota grande de poder en el gobierno que resultara de las elecciones. En Bolivia el golpe militar se había "justificado" con la llamada "alianza ejército-campesinado", que parecía asegurar un apoyo por parte de los segundos a los primeros, para que los resultados electorales no les fueran muy adversos. En el Ecuador, la bonanza petrolera permitió a los militares dar un fuerte impulso a la construcción de obras de infraestructura de modo que pudo repartir numerosos puestos de trabajo; las personas a los que no habían alcanzado estos beneficios eran analfabetos y por ello sin derecho al voto. La continuidad en el puesto obtenido haría que allí tampoco fueran demasiados los votos en favor de un posible candidato no afecto a los militares.

A pesar de todo esto, tanto en el Ecuador como, sobre todo, en Bolivia, las elecciones tuvieron que ser arrancadas mediante una fuerte presión popular. Y cuando, por fin se celebraron, no han conseguido todavía el retorno civilista que se esperaba. De hecho, también aquí, como en los países democráticos, "pintaban" como ganadores los candidatos menos afectos a los gobiernos de turno. En Bolivia la fuerza histórica de los sindicatos, principalmente mineros, fortaleció

a la oposición. En el Ecuador, el clasismo de los partidos tradicionales y el populismo de los opositores hicieron que el pueblo votara por ellos... En ninguno de los dos países los procesos electorales han llegado a su final ni se han realizado normalmente. En Bolivia hubo toda una manipulación tramposa del acto electoral y cuando los resultados parecían señalar como triunfadora a la oposición, el candidato oficialista dio un autogolpe de estado y se alzó con el poder. En el Ecuador, la provisionalidad de la legislación electoral permitió a los militares en el gobierno dictar una serie de decretos y reglamentos para regularla, de modo que favoreciera lo más posible al candidato gubernamentista, y así han ido surgiendo mediante una legislación prefabricada en cada caso, la eliminación del más peligroso candidato primero y la imposición de una segunda vuelta después. En Bolivia un nuevo golpe militar, todavía difícil de juzgar, ha prometido elecciones para agosto del año entrante, fecha para la que están anunciados los resultados de la segunda vuelta en el Ecuador. Habrá que esperar hasta entonces para saber si funcionan los "modelos de retorno" que se habían fijado.

Entre tanto, los hechos reseñados nos dejan algunas lecciones. No es tan fácil ponerle "adjetivos" a la democracia como parecía aparecer sobre el papel. Un pueblo con esperanzas de cambio puede imponerse en las urnas, a pesar de años de desorganización política y de haber sido privado de sus cuadros dirigentes por la represión, y llevar las cosas mucho más allá de lo que pretendían sus mentores. Hay que tomar nota también del compor-



tamiento de los militares. A pesar de las apariencias, actúan con una relativa independencia de los patrones del capitalismo mundial: ni se echan a la calle simplemente cuando a éstos les conviene, ni, menos aún, se retiran a los cuarteles cuando dejan de serles del todo útiles. El hecho de que unos 72.000 oficiales de las diversas fuerzas armadas de los países latinoamericanos hayan sido ideologizados, instruidos y entrenados en la "Escuela de las Américas" de la zona del Canal de Panamá, llevándolos a una politización extrema y "mesianica", sigue siendo un hecho político de primera magnitud en el panorama del continente.

### RESISTENCIA POPULAR

La dureza, la extensión, la profundidad y la duración de los procesos represivos, podrían hacer pensar que se ha acabado con toda forma de protesta y con toda voluntad de reacción en la búsqueda de cambio. Sin embargo, se puede afirmar, al contrario, que la lucha popular ha crecido y se ha fortalecido en todos los países sometidos al poder militar. Acabada casi por completo la resistencia guerrillera, debilitados hasta el extremo los partidos políticos, destruida casi por completo la presión de los medios de comunicación, han nacido nuevas formas de lucha mediante las que el pueblo afirma no solo su voluntad de supervivencia, sino su

esperanza activa de cambio. Ya hemos señalado cómo, sobre todo en Bolivia, fueron las huelgas de hambre multiplicadas y decididas las que obligaron al régimen de Bánzer a conceder una amnistía y a poner en marcha las elecciones. Pero esta lucha se viene dando, de una u otra forma, en todos los países. A veces, aprovechando los resquicios de libertad que todavía permiten las legislaciones, a veces en forma claramente ilegal dentro del sistema. A veces mediante formas de resistencia pasiva: huelgas de hambre, encierros y manifestaciones, organizaciones de solidaridad con las víctimas (muchas veces de carácter eclesial) que se vienen sucediendo en Argentina, Chile, Paraguay, Guatemala, El Salvador y Perú; son muchas veces acciones solo pequeñas, pero que por su eticidad y por la valentía que suponen, le quitan legitimidad a las dictaduras. Otras veces son resistencias activas, como las huelgas. Aunque estén prohibidas, o castigadas con 10 años de cárcel (Brasil y Argentina) o con la expulsión del trabajo (Perú). Los obreros se han visto privados de las dirigencias más o menos burocratizadas de sus sindicatos y han creado nuevos liderazgos, más elásticos y móviles, más en contacto con las bases, que han creado nuevas formas y nuevos instrumentos de lucha. Una lucha que no se contenta con meras reivindicaciones salariales o protestas por el alza de los precios de los artículos de primera necesidad, sino que reclama cambios de mayor significación, como la amnistía de los presos políticos o sindicales, el cese de la censura, constituciones más democráticas, retiro de los militares de la política... Si no hay organizaciones sindicales de carácter nacional, si las antiguas corporaciones obreras han sido cooptadas por los militares o deshechas, se crean las "comisiones obreras clandestinas", las "uniones obreras", los comités de lucha. Con estos elementos se hacen paros relámpagos, o paros nacionales, huelgas de trabajo lento o de "trabajo triste", que afectan a la producción, mantienen en jaque a los gobiernos dictatoriales y hacen surgir en el seno de las otras clases sociales y hasta en los mismos ejércitos, voces que piden un cambio civilista o nuevas formas de democracia más real.

Conviene resaltarlo. Las fuerzas que con mayor tenacidad y más eficacia se están oponiendo a las dictaduras, son las organizaciones autónomas del pueblo y los sindicatos. Estamos demasiado acostumbrados a escuchar que este tipo de uniones no son efectivas para el cambio social, por el carácter localista y reformista de sus reivindicaciones. Sin embargo, cuando la represión se endurece, son casi las únicas que quedan y siguen resistiendo. Es que otras fuerzas menos populares, en momentos difíciles tienen que exiliar-

se, mientras que el pueblo debe permanecer mayoritariamente en su propio lugar. Es que generan con mayor facilidad un relevo de mandos. Es que, sea por lugar de vivienda o por lugar de trabajo, siguen concentrados, frente a la dispersión impuesta a los demás tipos de organización. Es, sobre todo, que en ellas es donde está el pueblo, ese pueblo que hace siglos sabe el gusto de la persecución y se las ingenia para vivir y luchar con ella amenazado.

### CONCLUSION

Las lecciones del 78 para América Latina están ahí. Quizás no son lecciones nuevas. Pero por muy repetidas que hayan sido, no están aún suficientemente aprendidas.

Las democracias que aún existen tienen que cambiar. Tienen que poder ofrecer y realizar una mayor democracia económica y dar cauces de una mayor participación popular. Si no lo hacen se irán volviendo cada vez menos eficaces para resolver las crecientes tensiones sociales y para plantear un desarrollo real de nuestros pueblos. Y sobre ellas pesará la amenaza de otros poderes que, a pesar de las experiencias tristes que hemos sufrido, pueden aparecer como más eficaces para contrarrestar las lacras del sistema.

El pueblo, a pesar del poder mitificador de las instituciones del sistema, va despertando. Y busca, muchas veces sin darse cuenta del todo, la organización política capaz de proporcionarle una estrategia capaz para llegar a ser un poder dentro de la sociedad. Una organización capaz de recoger sus aspiraciones, de respetar sus ritmos, de aglutinar sus propias organizaciones sin debilitarlas ni destruirlas. Hay ahí todo un desafío, que se va haciendo inaplazable, para las fuerzas que se consideran portadoras de un cambio social auténtico y profundo.

Mientras tanto, sobre nosotros pesa la amenaza de una mayor dependencia y de un sistema de gobiernos represivos. El capitalismo internacional, en cuya órbita nos movemos, necesita contar con seguridad y baratura de nuestras materias primas, con una mano de obra barata para las industrias sucias o no "de punta" que, en busca de un lucro mayor, han decidido transferirnos, necesita contar con más alimentos para las naciones desarrolladas y que nuestras naciones, a pesar de las necesidades del pueblo, se ven obligadas a exportar para poder pagar el peso cada vez mayor de la deuda externa, de la tecnología recibida y de los royalties que nos cobran.

En estas coordenadas y en este marco, hay que plantear nuestros anhelos de cambio para que no sean meros propósitos de "año nuevo", sino construcción de historia. □